

de China, que lo era á la sazón Chang-ti. Apurado debió verse el bravo marino, cuando hizo recaer su elección en la persona de Tomás Pires *que por ser Boticario é servir na Índia de escolher as drogas de botica que hauriam de vir pera este Reyno, pera aquella negocio era o mais hábil, e apto que podia sér.* Así se espresa testualmente Barros en su Década III, lib. II cap. VIII. Por lo demás mal fin tuvo la émbajada. Pires tardó tres años en llegar á Pekin, no pudo ver al Emperador, y de vuelta á Cantón murió en una cárcel.

Es también curiosa, la relación china de este primer viage de las naves portuguesas á su país. El *Arte de la Guerra*, libro publicado en Pekin en 1621, hablando de los cañones y mosquetes dice:

«Ku-Ying-siang ha escrito lo que sigue.

»*Fo-lan-ki* es el nombre de una comarca, no de un cañón. En el año *ting-chao* del Emperador »Chang-ti (1517), me hallaba en el Kuang-tung »emplado como Interventor y Comisionado interino de Asuntos Marítimos. De pronto llegaron »dos grandes buques, que digeron venian de la »comarca *Fo-lan-gi* para pagar el tributo. El gefe »de estos buques se llamaba *Ka-pi-tan*. Los de »abordo tenían todos grandes narices y ojos, y »llevaban un paño blanco arrollado á la cabeza, »como los musulmanes. Enseguida se dió cuenta »de la llegada al Vi-rey, quien ordenó que como »aquellos hombres ignoraban la urbanidad, les »fuese enseñada durante tres dias en el *Kuang-Hiao-Se* (Mezquita Mahometana). Como las »Ordenanzas de la Dinastía Ming nada decían sobre tributos de aquel pueblo, se envió una larga consulta al Emperador, quien consintió el »envío de los tributos al tribunal de los Ritos. »Cuando el Emperador actual subió al trono »(Chi-Tiungen; 1521), á causa de la conducta »irrespetuosa de esos bárbaros, su intérprete (el »Boticario—embajador Tomás Pires) fué conde- »nado á la pena capital y sus compañeros arroja- »dos de las fronteras del Imperio.»

En 1518 fué desde Malaca á China Simón d' Andrade, hermano del anterior, á quien puede justamente acusarse de haber encendido la ira de los chinos contra los europeos, que después de tres siglos á duras penas han calmado los ingleses barriendo á cañonazos el rio de Cantón. La conducta de Simón d' Andrade fué despótica. Apenas ancló en la isla Tamou, mandó levantar un fuerte y una horca, quizá creyendo que el pueblo chino estaba al nivel de los indios ó malayos. Prohibió que ningún buque siamés y anamita hiciera comercio antes que él y acabó por comprar como esclavas cuantas muchachas le fueron presentadas. Este modo de proceder dió los resulta-

dos consiguientes. Cuando la inmediata expedición de Duarte Coelho se presentó en las aguas de Cantón, en 1520, fué recibido á cañonazos.

Una coincidencia nos vuelve al punto de partida de este artículo. Mandando una de las cuatro naves que formaban la expedición de Simón d' Andrade, iba Jorge Alvares. De nuevo se vió en la Isla Tamou y pudo contemplar la tierra para él sagrada, pues que guardaba las cenizas de su hijo, pero á su vez víctima al poco tiempo de mortal enfermedad, Alvares fué enterrado en la misma tumba que su dolor había abierto cuatro años antes.

¡Destinos de la vida! El tiempo y la mano destructora de los chinos habrán borrado los últimos vestigios de aquel sepulcro. Y la historia ha olvidado consignar en la lista de los primeros exploradores de China el nombre de Jorge Alvares!

EDUARDO TODA.

LA ESPERIENCIA

I

DETENIENDO un instante el torpe paso
De unas piernas que andaban á su ocaso,
Como el sol que á la vista se ocultaba,
Un abuelo á su nieto así le hablaba:

«No tiene, por fortuna, la riqueza,
»La llave del arcón de la alegría,
»Ni es ésta, para el hombre, mercancía
»Que se venda á millón ó á real la pieza...
»Así se ven hogares
»De rumboso interior, de oro cubiertos,
»Que aún con oro y estufas están yertos;
»En tanto que en pobrísimos ajuares,
»Solo al trabajo abiertos
»Al sol y á las amantes afecciones,
»La dicha dulcemente
»Fabrica complaciente
»Un nido en que se abrasan corazones,
»Aún sin fuego de estufas, ni millones.
»Y si alguno te dice, en contra de eso,
»Que el mundo solo halaga al poderoso
»Y que aquí, lo mejor, es ser un Crespo,
»No lo creas, muchacho, no lo creas,
»Aunque tú, por defuera, así lo veas:
»Lo que importa en el mundo, es ser dichoso.»

II

—«Y eso ¿qué es, abuelito?» dijo el nieto
Mirándole á la cara
Con el aire infantil más indiscreto.

Y ante aquella pregunta corta y clara
Que pedía respuesta de repente,
El viejo, muy cortado,
Quedóse unos instantes abismado
Pasándose las manos por la frente.

III

—«¡Vaya usted á resolverle á ese chiquillo
» Un punto colosal... de tan sencillo!»
Pensaba el pobre abuelo
Con los ojos clavados en el suelo.
—«La dicha,—por fin, dijo,—el ser dichoso,
» No está en tener poder, dinero ó ciencia;
» Es tener los deseos en reposo
» Y limpia la conciencia.
» La dicha, en la aritmética corriente,
» Es la suma que dá el placer gozado;
» Mas esa cuenta miente,
» Porque suma apetitos solamente;
» Y ese placer sumado,
» O es fantasma embustero ó es pecado.»

IV

Aun prosiguió el abuelo
Largo rato su plática severa,
Pretendiendo explicar de qué manera
Se consigue la dicha en este suelo,
Y otra cosa mejor, allá en el cielo.
El mozo, embebecido,
Temiendo que las puertas del oído
No diesen al sermón bastante puerta,
Lo estuvo oyendo con la boca abierta,
Hasta que, terminando,
Dijo así dulcemente el moralista:
—«En el mundo en que ahora vas entrando,
» Jamás pierdas de vista
» Esta experiencia de mi vida larga:
» La ambición, es talión del ambicioso;
» No huyas nunca el deber por ser penoso,
» Ni dejes la verdad por ser amarga.
» Y si prueban un día en tí su oficio
» De serpientes traidoras las pasiones,
» Recuerda este final de mis lecciones:
» ¡La dicha, casi siempre, es sacrificio!
» Ahí va toda la ciencia
» Con que puede ayudarte la experiencia
» De un viejo por los años cuarteado;
» Y basta de sermón. ¿Te has enterado?»

El nieto hizo que sí, con la cabeza,
Pero el viejo era ducho,
Y al leerle en la cara, con certeza,
Que no le comprendió poco ni mucho,
—«¡Ah, señor! murmuraba:
» ¡Por qué no ha de saber ese que empieza
» Lo que lleva aprendido éste que acaba!»

V

Se hizo hombre el rapaz. Pasaron años.
Con los años pasáronle mil cosas
Que á él se le antojaron asombrosas,
Y que hallaron vulgares los estraños,
Siguiendo, vulgarmente, como todos,
Ya por senda florida, ya entre lodos,
El camino trazado á su existencia;
Y entonces, del abuelo ya muy lejos,
Recordó la experiencia y los consejos,
Y vió que no es gran cosa la experiencia,
Si en vez de ser pasada es solo oída;
Pues tiene la pasión tan grande imperio
Sobre todos los actos de la vida,
Y vive tan rendida
El alma á ese misterio
Que ofrece la región desconocida
Poblada de visiones
Imán de las humanas tentaciones,
Que el hombre, de esas ansias siempre lleno,
Juzga solo por ellas lo que es bueno,
Toma por mar de dicha un espejismo,
Olvídase el juicio de si mismo,
Y la loca pasión corre sin freno.

VI

¿A qué contar la vida de aquel nieto?
Se encierra en la vulgar biografía
Tuya, lector, y mía:
Mucho afán derrochado en torpe objeto.
Solo quiero añadir—aquí, en secreto,—
Lo que el nieto decía una mañana
Al verse en el espejo,
Mustia la frente y la cabeza cana:
—«¡Pues, señor» murmuraba, «ya soy viejo!
» Este espejo de mí dá triste copia!...
» ¡Abuelo!... ya conozco al fin tu ciencia!
» Mas conozco también, por mi experiencia,
» ¡Que solo sirve la experiencia... propia!»

MAGÍN MORRERA Y GALICIA.

ADELANTE!

CREO que todas las investigaciones y el estudio
de todas las ideas pueden conducir á laudable fin y dar provechoso resultado. Si el desarrollo intelectual se estacionara, si el pensamiento humano caminase siempre por una misma senda, la civilización sería imposible y tendríamos que renunciar á la esperanza de poseer la verdad.

Luchar: he aquí la ley común; luchar, no precisamente con la fuerza física, sino luchar, dando la más lata aceptación á esta palabra y haciéndola